

La Costa de Dexo, ese monumento artificial

Franqui Illanes

Intérprete del patrimonio
franquidexoaip@gmail.com

La Costa de Dexo es la punta que penetra en el atlántico entre las rías de Sada y de A Coruña, que, con A Marola, soporta los embates de los temporales del Golfo Ártabro (A Coruña).

Es un interesante espacio protegido que comprende la costa desde Lorbé hasta el faro de Mera. Fue declarado Monumento Natural, también Zona de Especial Conservación de la Red Natura 2000 y pertenece además a la Reserva de la Biosfera “Mariñas Coruñesas e Terras do Mandeo”. Aunque ninguno de estos mecanismos de protección sirvió para protegerla, sino más bien para todo lo contrario... lamentablemente.

Lo que voy a contar es que este lugar no es un Monumento Natural. Es, por el contrario, un hermoso Monumento Artificial, construido a lo largo de los siglos por las personas que lucharon, trabajaron, disfrutaron, y, en fin, vivieron aquí y modelaron este espectacular trozo de mi tierra con el objetivo único y fundamental de SOBREVIVIR.



Haré un pequeño recorrido por una serie de lugares que muestran esto que acabo de decir.

El primer lugar es la iglesia de Dexo. Y dirás, ¿qué tiene esto que ver con la supervivencia? Pues claro que sí. Nuestros antepasados ayudaron a conservarla gracias al sudor de su trabajo pagando misas, diezmos y rentas a la iglesia, con la ingenua y firme convicción de sobrevivir, SOBREVIVIR a la muerte. Siendo buenas personas y cumpliendo con los mandamientos de la santa madre iglesia irían al cielo, serían felices y comerían perdices por toda la eternidad.

Es una hermosa iglesia, ejemplo típico de románico rural gallego, con una iconografía erótica, enterramientos “ilustres”, restos arqueológicos castreños, romanos y medievales, y de la que se sabe prácticamente todo. Merecería un artículo para ella sola, pero no tenemos espacio para contar sus aventuras a lo largo de sus más de nueve siglos de historia.



Abandonando el “barrio” llamado A Aldea en dirección al monte y la costa, podrás pararte a ver esos paraísos inalcanzables para los ratones que son los hórreos[♦]. Otros elementos esenciales para SOBREVIVIR.

En el borde de las casas, además, nuestros antepasados modificaron el entorno creando las huertas, ingredientes básicos también para la SUPERVIVENCIA. Gentes que por una parte eran casi analfabetas, eran, por otra, ingenieros agrónomos que sabían perfectamente cuándo sembrar, cuándo plantar, qué asociaciones de cultivos eran las óptimas, cuál era una buena rotación de cultivos, cómo abonar y cómo mantener a raya las plagas y las pestes.

Entrando en el monte se puede observar –con un esfuerzo de abstracción– lo que era el castaño que rodeaba la población. Otro ejemplo que muestra cómo los antepasados crearon un hábitat con el objetivo de SOBREVIVIR.

Aún se pueden ver bastantes castaños en este lugar, fuente de alimento fundamental y de materia prima para construcciones vitales en épocas en las que la patata aún no se había convertido en uno de los alimentos básicos.

Si eres capaz de borrar con la imaginación la terrible plaga de eucaliptos que, también aquí, nos asola, podrás ver los restos

[♦] Construcción típica sobre altos pilares para poner la cosecha a salvo de los roedores.

del bosque autóctono original: robles, para calentar el hogar y cocinar; laureles y sauces medicinales con varas flexibles, para hacer herramientas agrícolas; espinos, que servían de guía para injertos “mágicos” para frutales sabrosos que daban alimento en diversas épocas del año; etc. Adaptaciones “indígenas” para una envidiable SUPERVIVENCIA sostenible.

Más adelante, ya en el borde del mar, el viento impide el crecimiento de la masa arbórea dando paso a tojos, brezos y helechos.

Mi madre siempre me decía: “qué les enseñas a los turistas si aquí no hay nada más que *toxos*”. La pobre era incapaz de apreciar el hermoso paisaje que desde aquí se disfruta, ya que no podía borrar de su memoria la imagen de los penosos trabajos de ir a cortar al monte el matorral para hacer abono que, en las fincas, les permitirían SOBREVIVIR con sus cosechas.

Con ella fui varias veces a recoger brezos y el torvisco (*Daphne gnidium*) con el que hacía el ramo en el San Juan para protegernos de las meigas. Algo que sigo haciendo –aunque ella ya no podrá nunca más– para que SOBREVIVA su memoria y parte de nuestra cultura.

Desconocía ella la presencia de la colonia peninsular más numerosa de cormorán moñudo (considerado como vulnerable en el Catálogo Gallego de Especies Amenazadas), o la nidificación de halcón peregrino, o chovas piquirrojas. Tampoco sabía de la existencia de plantas interesantísimas como orquídeas, o margaritas presentes en pocos lugares del mundo, u otras pequeñas plantas de gran valor, que pasan desapercibidas.

(Por lo que se ve, las autoridades (i)responsables de la conservación de este espacio tampoco lo saben, y permiten así que aquí se realicen actividades que repercuten muy negativamente en los valores por los que fue declarado lugar protegido).

Durante este tramo se ve muy cerca A Marola, (y ya sabemos que “quien pasó A Marola...”)*, también otra isla llamada O Corval, llamada así por ser un lugar donde los cormoranes (cuervos marinos, en gallego) que mencioné antes se posan a secar las alas antes de llevarle el alimento a sus pollos que esperan peligrosamente posados en las inaccesibles rocas de los acantilados.

Tras pasar el lavadero en el Río da Pedra, que cae en una cascada al mar, se llega a la Pena de Rocha desde donde se ve el Porto de Dexo.

* A Marola es un pequeño islote rocoso. “Quien pasó A Marola, pasó la mar toda”, hace referencia a la dureza de los temporales en esta zona.

El Porto de Dexo es un puerto de labradores, que no podían pasar sin los recursos que les proporcionaba el mar durante unos pocos meses al año, cuando las condiciones lo permitían, y que les facilitaban la SUPERVIVENCIA.

Cada familia tenía una *buceta* o una *chalana* (lanchas tradicionales de pequeño tamaño) para ir a los calamares, al pulpo o a los peces de roca con pequeños aparejos. Bajaban las lanchas con la grúa manual que aún se puede ver allí, y las dejaban atadas en las amarras... y antes de que los temporales las estampasen contras las rocas, volvían a subirlas a tierra.

Aprovechaban también el *jolfo* (algas arrastradas a la costa), que subían en la misma grúa y que llevaban en carros para las fincas para usarlo como abono. Nada se desperdiciaba. No como hoy...

Encaminando los pasos hacia el “Molino de Tía Antonia de Tía Carme” se puede ver otra construcción fundamental para SOBREVIVIR, donde se molía el grano para cocer periódicamente “el pan de cada día”. Su maquinaria era movida por energía renovable sin dañar el medio ambiente.

Lugar de trabajo, pero también de fiesta: “una noche en el molino, una noche no es nada; una semanita entera, esa sí que es molinada”.

¿Qué pueblo no tiene molino?

Una historia que circuló de boca en boca entre nuestras gentes dice que Tía Antonia de Tía Carme era meiga. *Hablaba* con un mozo de Dexo (es decir, eran novios) que después la dejó para casarse con otra muchacha. En venganza (mi madre decía que las meigas son muy envidiosas), el primer hijo de la pareja estaba arrugado, no comía, lloraba mucho... entonces, lógicamente, lo llevaron a la curandera que, nada más verlo, dijo: tiene el “aire del gato”. Para sacarle el hechizo, había que lavar al niño en la tina de latón que se usaba para el aseo, en la que metieron también ceniza de la chimenea. Después de hacer unos ritos cargados de sincretismo, colaban el agua con un paño (en este paso recuerdo a mi padre diciendo “eso lo vi yo, eso lo vi yo”) y al abrir la bola de ceniza, estaba llena de pelos de gato.

La otra parte de la curación era vengarse de la meiga. La pareja, con el niño embrujado, saldría a las doce de la noche de casa en dirección al atrio de la iglesia. No podrían hablar con nadie. Al llegar allí tendrían que hacer un rito con pan y agua bendita. Y, al mismo tiempo, alguien se debía quedar en casa barriendo y llevando la barredura para el centro de la casa. Cuando llegaran de la iglesia, golpearían con fuerza lo barrido y así estarían pegándole a la meiga.

Parece ser que a esas horas de la madrugada llegó tía Antonia gritando que daba miedo, mientras se agarraba a los barrotes de la ventana de la cocina pidiendo

“¡Tío Antonio!, ¡tío Antonio!, ¡¡deme levadura para cocer el paaaan!!”. Y mi madre, riéndose mientras contaba la historia, decía que “era por la tunda que le estaban dando”.

Habrà gente que cuando lea esto diga “cuánta ignorancia había en nuestras aldeas”, mientras alucina encantada con los bailes masáis, con los chamanes yanomamis o con la mitología nórdica.

Yo lo tengo claro, mientras pueda, nuestra rica y compleja mitología va a SOBREVIVIR a mi alrededor contando esta historia (y otras). Y al que no le guste... “que le eche azúcar”.



Abandonando ya el molino, pronto se llega a la “Agra da Canle”. El lugar donde la gente de Dexo tenemos nuestras pequeñas tierras de labor.

Aquí se puede ver cómo se modificó, con mucho sudor y trabajo, la pendiente del terreno haciendo terrazas de cultivo con la intención de evitar las escorrentías y favorecer el trabajo del ganado para las labores agrícolas.

Muchos, muchísimos metros cúbicos de tierra se movieron con esa intención, lo que les permitió crear un lugar indispensable para su SUPERVIVENCIA, ya que era el querido terruño del que sacaban los productos fundamentales para alimentar al ganado y a las familias.

Ahora ya casi ninguna finca se trabaja, pero se pueden ver los escalones con desniveles de tres o cuatro metros que muestran claramente la tremenda labor que acometieron.

Desde aquí, siguiendo el camino posiblemente más antiguo y más usado del pueblo (en el que el paso de la gente durante siglos fue hundiendo la senda en el terreno, como un río que excava un cañón), se regresa a la misma iglesia de Dexo, punto de origen y final de nuestro paseo.

No quería, de todas maneras, dejar pasar la ocasión de rendirles un profundo homenaje a todos nuestros antepasados que aquí en Dexo (pero también en tu pueblo) fueron capaces de SOBREVIVIR de manera perfectamente ecológica y sostenible con su entorno, y pedirles perdón, por no ser capaces (con toda nuestra ciencia, nuestra tecnología y nuestra pretendida sabiduría) de conservar su herencia, que estamos desbaratando en tan solo unos pocos años.